

sociedad futura. Despertó la ruidosa indignación de todos cuando mostró á los niños de uno y otro sexo pudriéndose juntos desde la infancia; la santa institución del matrimonio abolida, el amor volviendo á la bestialidad, las parejas tomándose y dejándose á la ventura para el desenfreno de una hora. No obstante, la opinión general fué que no había encontrado un argumento supremo, el golpe de maza que hace ganar una causa, que aplasta á un hombre. Y fué tal la inquietud, cuando Lucas tomó á su vez la palabra, que sus frases más inocentes fueron acogidas con murmullos. Habló con sencillez, ni siquiera respondió á los ataques contra su empresa; se contentó con demostrar con una fuerza de evidencia decisiva, que Laboque había fundado mal su demanda. ¿No había hecho un servicio á Beauclair si había saneado el pueblo secando el Clouque pestífero, y regalándole excelentes terrenos para edificar? Pero ni siquiera era un hecho probado que los trabajos ejecutados en la Crécherie fuesen la causa de la desaparición del agua, y esperaba que se le diese una prueba cierta. Al acabar, un poco de la amargura de su corazón ulcerado, apareció, cuando declaró que si no reclamaba el agradecimiento de nadie por lo que ya creía haber hecho de útil, quedaría muy contento con que le dejaran proseguir su obra en paz sin promoverle enojosas cuestiones. Varias veces tuvo el Presidente que imponer silencio al auditorio; y después que el ministro fiscal hubo hablado también de una manera confusa, de propósito, dando, y quitando la razón á las dos partes, vino la réplica del abogado de Laboque tan violenta que suscitó clamores al tratar á Lucas de anarquista, empeñado en la destrucción del pueblo; y el Presidente tuvo que amenazar al público con hacer despejar la sala si tales manifestaciones se repetían. Después señaló quince días de término para la sentencia. A los quince días todavía las pasiones estaban más exaltadas. Había golpes en el mercado esperando la sentencia. La casi unanimidad estaba convencida de que Lucas sería condenado á pagar, por lo menos, de diez á quince mil francos de daños y perjuicios, sin contar las consecuencias, la obligación de volver á dejar la

Clouque como estaba. Sin embargo, algunos meneaban la cabeza, no las tenían todas consigo, pues no les había gustado la actitud del Presidente Gaume durante la vista. Le llamaban original, hasta se dudaba de que estuviera siempre en su juicio, desde que se le había visto tan sombrío, encerrado en escrúpulos enfermizos de justicia. Otro motivo de inquietud era la manera cómo había cerrado su casa para todos, al día siguiente de la vista, con el pretexto de una indisposición. Se decía que estaba completamente bueno, que sólo había querido sustraerse á toda presión y no recibir á nadie, para que nadie intentara influir en su conciencia de juez. Con las puertas y las ventanas cerradas ¿qué hacía en el fondo de su casa solitaria, en que no entraba ni su mujer ni su hija siquiera? ¿De qué lucha moral, de qué drama interior era presa en medio de su vida en la cual había caído el rayo sobre lo que había amado, sobre lo que había querido? La sentencia había de publicarse á medio día, al empezar la audiencia. En la sala había todavía más gente que la otra vez; más ruido, más pasión. Estallaban carcajadas de un extremo á otro, iban y venían frases violentas y otras de confianza. Todos los enemigos de Lucas habían acudido para verle aplastado. Y él, muy valeroso, tampoco ahora había querido que le acompañaran, prefiriendo presentarse solo para manifestar así su misión de paz. En pie ante su banco, sonreía, miraba á la sala como si ni siquiera sospechase que toda aquella cólera rugía contra él. Por fin, con gran puntualidad entró Gaume, seguido de dos asesores y del fiscal. El ujier no tuvo necesidad de pedir silencio, todas las voces habían callado de repente, los rostros en tensión ardían de ansiosa curiosidad. El Presidente, que se había sentado, volvió á levantarse con la sentencia en la mano; y permaneció un instante inmóvil, silencioso, mirando á lo lejos, más allá de la turba. Al fin con voz lenta, sin expresión, comenzó la lectura. Fué larga, pues los considerandos se sucedían con una regularidad monótona, dando vueltas á las cuestiones en todos sus aspectos, esforzándose en resolver los más leves escrúpulos. El público escuchaba sin comprender bien, sin prever todavía cuál sería el fallo, porque el pro y el

contra iban desfilando uno tras otro estrechándose con ceñida lógica. Sin embargo, parecía, según se avanzaba, que se adoptaba la tesis de Lucas, la falta de perjuicio real para nadie, el derecho que todo propietario tiene de hacer obras en lo suyo si alguna servidumbre no le impide. Y el fallo estalló, Lucas estaba absuelto.

Hubo primero en la sala un momento de estupor. Luego, cuando se comprendió bien, silbidos, gritos de violenta amenaza. A la multitud soliviantada, enloquecida por las mentiras de tantos meses, le quitaban la víctima que le habían prometido; y la quería, la reclamaba para desgarrarla, ya que una justicia evidentemente vendida se la arrebatava en el último momento. ¿No era Lucas el enemigo público, el forastero que venía no se sabía de dónde, para corromper á Beauclair, arruinar el comercio y encender la guerra civil amotinando á los obreros contra los patronos? ¿No había, con un fin de maldad diabólica, robado el agua del pueblo, secado un arroyo cuya desaparición era un desastre para los ribereños? Estas acusaciones las repetía «El Diario de Beauclair» todas las semanas, las hacía entrar en las mollerías más duras con venenosos comentarios que creaban la necesidad de inmediata venganza. Asimismo todas las autoridades, todos los señores de los barrios burgueses las pregonaban entre el pueblo bajo, las ampliaban, les daban el apoyo de su poder y de su fortuna. Y la chusma sometida á tal régimen, ciega, rabiaba, convencida de que una peste iba á salir de la Crécherie, ya sentía la sangre en los ojos, ya rugía pidiendo muerte. Puños tendidos, gritos redoblados; ¡muera, muera! ¡El ladrón, el envenenador, muera! Muy pálido, rígida la faz, Gaume permanecía en pie en medio del alboroto. Quiso hablar, hacer despejar la sala; pero tuvo que renunciar á que le oyeran. Y sencillamente, por dignidad, hubo de resolverse á suspender la audiencia, retirándose seguido de los asesores y del fiscal.

Lucas, siempre sonriente, estaba muy tranquilo en su banco. La sentencia le había sorprendido tanto como á sus adversarios, pues no ignoraba en qué aire viciado vivía el Presidente; le creía incapaz de justicia. Y era una confortaci n encontrar un hombre justo entre tantas miserias humanas. Pero al estallar los

gritos de muerte su sonrisa se hizo triste; se volvió hacia la turba rugiente, lleno el corazón de amargura. ¿Qué les había hecho él á aquellos modestos burgueses, comerciantes y obreros? ¡No había querido el bien de todos, no trabajaba para que todos fuesen felices, amándose, viviendo como hermanos! Los puños le amenazaban, le abofeteaban con gritos, los mueras al ladrón, al envenenador eran más violentos. Aquel pueblo infeliz, extraviado, enloquecido por las mentiras, le causaba un dolor profundo, en la ternura que le inspiraba, á pesar de todo. Pero contenía las lágrimas, quería permanecer en pie valeroso y activo ante el insulto. El público, que se creía provocado, hubiera acabado por romper la barra de encima si los guardias no hubieran conseguido al fin arrojarlo fuera y cerrar las puertas. El actuario en nombre del presidente vino á rogar á Lucas que no saliera todavía, para evitar un accidente posible, y consiguió que esperara algunos minutos en la habitación del conserje hasta que se disolviera la multitud.

Sin embargo, Lucas sentía una especie de vergüenza y le repugnaba verse obligado á ocultarse así. Pas  en casa de aquel conserje el cuarto de hora más penoso de su vida, creyéndose cobarde si no iba derecho á la multitud sin aceptar aquella situación de culpable alarmado á que se le reducía. Cuando los alrededores del edificio de la Audiencia parecieron despejados, ya no quiso oir nada, se empe i  en marcharse, volver á casa á pie tranquilamente sin que nadie le acompañase. Solo había venido, solo quería volver. No llevaba en la mano más que un ligero bastón, que hasta sentía haber traído por temor de que se sospechara que pensaba en defenderse. Lentamente, se puso en marcha calle adelante teniendo que atravesar á todo Beauclair, y nadie pareció fijarse en él hasta la plaza de la Alcaldía. El público que salía de la Audiencia había ido divulgando por el pueblo entero la noticia de la absolución, después de haber esperado á Lucas algunos minutos y seguro ya de que no saldría en algunas horas. Pero en la plaza de la Alcaldía, donde se celebraba el mercado, fué reconocido. Se lo ense-

ñaban unos á otros, con ademanes; corrieron rumores, algunos hasta le siguieron, sin malos propósitos todavía, sólo por ver lo que iba á pasar. No había allí apenas más que aldeanos, compradores, curiosos que no estaban enzarzados en el litigio. Y la situación no comenzó seriamente á ser grave hasta que llegó á la calle de Briás. En la esquina, delante de su tienda, Laboqué desatado, furioso por su derrota, gritaba en medio de un grupo, colérico.

Todos los comerciantes, los tenderos al por menor de la vecindad, habían corrido á casa de Laboqué al conocer la funesta noticia. ¿Cómo, conque era verdad, la Crécherie iba á acabar de arruinarlos con sus almacenes cooperativos, puesto que la justicia le daba la razón? Caffiaux aterrado, callaba, revolviendo pensamientos que no decía. Pero Dacheux, el carnicero, era de los más furiosos, encendido el rostro, dispuesto á defender la carne de los ricos, la carne sagrada; y hablaba de matar á todo el mundo antes de bajar los precios ni un céntimo. La señora Mataine no había venido; nunca había sido partidaria del litigio, declaraba sencillamente que vendería su pan mientras se lo compraran, y que después ya vería. Y Laboqué, ardiendo, contaba por la décima vez á un recién venido la abominable traición del presidente Gaume; cuando de pronto distinguió á Lucas que muy tranquilo pasaba delante de la quincallería, cuya ruina consumaba. Esta audacia acabó de trastornar al tendero; estuvo á punto de arrojarse sobre el enemigo y rugió medio sofocado por la ola de la ira. «¿Qué muera, que muera! ¡el ladrón, el envenenador, muera!» al llegar frente á la tienda, Lucas sin detenerse se contentó con volver la cabeza para posar un instante la mirada tranquila y valerosa sobre el grupo tumultuoso, de donde salían las sordas invectivas de Laboqué. Entonces todos se creyeron provocados, se levantó un clamor general, que creció y llegó á ser rugido de tempestad: «¿Muera, muera el ladrón, el envenenador! ¡muera, muera!» Lucas, como si no se tratara de él, continuaba pacíficamente su camino mirando á derecha y á izquierda, como cualquier transeunte á quien el espectáculo de la calle interesa. Casi todo el grupo le seguía, redoblando los

silbidos, los ultrajes, las amenazas. «¿Muera, muera el ladrón, el envenenador, muera!»

Ya no cesó aquello; creció, se desbordaba, según Lucas iba subiendo por la calle de Briás, como de paseo. De cada tienda salían más comerciantes para juntarse á la manifestación. Las mujeres se asomaban á las puertas y le silbaban al pasar. Algunas, exasperadas, hasta corrieron á escape para venir á gritar con los hombres: «¿muera, muera el ladrón, muera el envenenador!» Vió á una joven de suave hermosura, rubia, mujer de un frutero, que le injuriaba enseñando preciosos dientes blancos y le amenazaba de lejos con uñas de rosa como para desgarrarle. Corrían también los niños; uno de cinco á seis años, no mayor que una bota, se desgañitaba y casi se le metía entre las piernas para hacerse oír mejor, «¿muera el ladrón, muera el envenenador!» Infeliz criatura, ¿quién le había enseñado ya el grito del odio? Y lo peor fué al pasar, en lo más alto de la calle, por delante de las fábricas. Aparecieron en las ventanas obreras de la zapatería Gourier que rugieron y batieron las manos. Luego hasta hubo obreros de las fábricas Chodorge y Miranda, que fumaban en la acera esperando el toque de campana para volver al trabajo, y también entraron en la manifestación embrutecidos por su esclavitud. Uno delgado, de pelo rojo, de ojos grandes, turbios, corría como loco vociferando con más fuerza que todos «¿muera, muera el ladrón, muera el envenenador!»

¡Ah, qué subida aquella de la calle de Briás, con esta turba creciente de enemigos mordiéndole los talones, innoble oleaje de injurias y amenazas! Recordaba Lucas la noche de su llegada á Beauclair, cuatro años antes, el negro pisotear en el lodo de aquellos desheredados, hambrientos, que en aquella misma calle le habían llenado el alma de una compasión tan eficaz que se había jurado dar la vida en bien de los miserables. ¿Qué había hecho en cuatro años para que tantos odios se amontonasen contra él hasta verse acorralado por la turba amotinada que rugía «muera»? Había sido el apóstol del mañana, de una sociedad solidaria y fraternal, reorganizada por el trabajo ennoblecido, regu-

lador de la riqueza. Había dado un ejemplo, esta Crécherie donde la ciudad futura estaba en germen, donde reinaban la mayor justicia y ventura posibles. Y aquello bastaba, el pueblo entero le tenía por un malhechor y lo adivinaba detrás de aquella turba que le seguía, ladrándole. ¡Qué amarguras, qué dolor en esta aventura común del calvario que siempre el justo tiene que subir, golpeado por los mismos cuya redención busca! Disculpaba el odio de aquellos burgueses cuya digestión tranquila turbaba, aterrados si tenían que partir sus goces egoístas. También disculpaba á los tenderos que se creían arruinados por él, cuando sólo imaginaba un empleo mejor de las fuerzas sociales para evitar una pérdida inútil de la fortuna pública. Hasta disculpaba á los obreros que había venido á librar de la miseria, para los cuales levantaba con tanto trabajo su ciudad de justicia, y que le silbaban, le insultaban, por lo mucho que habían obscurecido su cerebro y enfriado su corazón. Era la muchedumbre ignorante que se rebela contra el que quiere su bien, y se niega á dejar el lecho de esclavitud en que agoniza, y se hunde en el hambre, en la secular basura, cerrando ojos y oídos á la dicha que nace. Pero si á todos los disculpaba, piadoso y afligido, ¡cómo le sangraba el corazón al ver entre los más airados á aquellos trabajadores de la fábrica y del taller, á los que él quería convertir en los hombres nobles, libres, felices del mañana!

Lucas subía, subía; la calle de Brias no se acababa y la jauría desencadenada había aumentado aún, los gritos no cesaban:

—¡Muera el ladrón, muera el envenenador!

Se detuvo un instante, se volvió, miró á aquella gente, para que no creyesen que huía. Había un montón de piedras delante de una casa en construcción; un hombre se bajó, cogió un guijarro y se lo arrojó á Lucas; otros al punto hicieron lo mismo, y llovían piedras entre una tempestad de amenazas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Ahora lo apedaban. No hizo ningún ademán, echó andar otra vez, acabó de subir el calvario. Sus ma-

estaban vacías, sin más armas que el bastón lige-

ro que puso bajo el brazo. Y seguía muy tranquilo, con la idea de que su misión le hacía invulnerable si había de cumplirla. Mas el corazón dolorido sufría horriblemente maltratado por tanto horror y demencia. Lágrimas le subían á los ojos y necesitaba un gran esfuerzo para no dejarlas correr á lo largo de las mejillas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Una piedra le dió en el tacón, otra le rozó el muslo. Ya era aquello un juego, andaban en él los niños. Pero faltaba puntería, las piedras rebotaban en el suelo. Dos veces, sin embargo, pararon tan cerca de su cabeza que pudo creerse herido, abierto el cráneo. Ya no se volvía, seguía subiendo la calle de Brias con el mismo paso tranquilo paseante que se vuelve á casa. Angustiado por tan furiosa ingratitud, parecía que ni siquiera quería saber lo qué pasaba detrás de él á lo largo de aquella calle de la Amargura donde sufría su martirio. Pero al fin una piedra le alcanzó, le desgarró la oreja derecha, mientras otra le hería en la mano izquierda, cortándole la palma como de una cuchillada. Y la sangre corría, cayó en anchas gotas rojas.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Un sacudimiento de pánico detuvo á la multitud. Muchos huyeron cobardes. Las mujeres gritaron, se llevaron á los niños en brazos. Ya no hubo más que curiosos que seguían corriendo. Lucas continuando por la calle de la Amargura, no había hecho más que mirarse la mano, sacó el pañuelo, enjugó la oreja y envolvió con él la palma de la mano que sangraba. Acortó el paso, sintió el galopar de la turba que se acercaba, y otra vez les hizo frente, al sentir en la nuca el soplo ardiente de la jauría que le perseguía. En primera fila corría con ansia frenética el obrero pequeño y flaco, de pelo rojo, de grandes ojos turbios. Se decía que era un herrero del Abismo. Llegó de un brinco junto al hombre á quien venía acosando desde el principio de la calle, y con el mayor furor sin que se pudiera saber de dónde venía aquel frenesí de odio, le escupió en el rostro.

—¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Lucas ya estaba por fin en lo más alto de la calle

de Brías, y esta vez vaciló bajo el abominable ultraje. Se le vió palidecer horriblemente, mientras en un arranque involuntario de todo su cuerpo el puño sano se levantaba terrible y vengador. De un golpe hubiera aplastado al hombrecillo como miserable enano junto á un triunfante coloso. Pero Lucas, fuerte, bizarro, tuvo tiempo de contenerse. No dejó caer el puño. Pero aquellas dos lágrimas, grandes, corrieron á lo largo de las mejillas, lágrimas de infinito dolor que había podido contener hasta entonces, pero que ya no era capaz de ocultar en la última amargura de la hiel que le ponían en los labios. Lloraba sobre tanta ignorancia, sobre tanta equivocación, sobre aquel triste y querido pueblo que no quería ser salvado. Hubo burlas, sarcasmos, y se le dejó entrar en casa ensangrentado y solo.

Lucas se encerró, quiso estar solo en el pabellón que seguía habitando á lo último del parque sobre el camino de Combettes. El verse absuelto no le hacía forjarse ilusiones. Las inmundas violencias de aquella tarde, la multitud que le había acosado, decían qué guerra se le iba á hacer, ahora que el pueblo entero se sublevaba. Eran las convulsiones supremas de la sociedad moribunda, que no quería morir. Resistía furiosamente, se defendía con el ansia de detener á la humanidad en su marcha. Unos, los autoritarios, ponían su salvación en la represión implacable; otros, los sentimentales, invocaban el pasado, su poesía, todo lo que el hombre lamenta abandonar para siempre; algunos desesperados se unían á los revolucionarios, con el afán de acabar cuanto antes. Y Lucas había sentido así, pisándole los talones, á todo Beauclair, que era un mundo en pequeño en medio del ancho mundo. Si permanecía en medio de su terrible amargura valeroso y resuelto á la lucha, no por ello era menos mortal su tristeza. Quería agotar aquella noche toda su inmensa pena, porque deseaba que nadie de ella conociera nada. Cuando se sentía desfallecer, que era pocas veces, prefería encerrarse de aquella suerte, y beber hasta las heces de su amargura para volver á presentarse ya curado y valiente. Había echado el cerrojo á puertas y ventanas dando orden absoluta de no

dejar entrar á nadie. Hacia las once se le figuró oír pasos ligeros en la carretera. Después, como si le llamaran, un soplo apenas, que le hizo estremecerse. Corrió á abrir la ventana y á través de las persianas distinguió una sombra sutil. Llegó á él una voz muy suave.

— Señor Lucas, soy yo; es preciso que hablemos ahora mismo.

Era Josina. Sin reflexionar, bajó Lucas y abrió el portillo que daba al camino. La hizo subir, la llevó por la mano á su cuarto cerrado con tanto rigor, donde alumbraba una lámpara de apacible claridad. Terrible inquietud le sobrecogió al reparar en ella y ver sus vestidos en desorden, el rostro maltratado.

— ¡Dios mío, Josina, qué tiene usted! ¿Qué sucede?

Lloraba; su cabellera desatada caía sobre su garganta, cuya blancura delicada dejaba ver el cuello de su vestido desgarrado.

— ¡Ah! señor Lucas, he querido decirle á usted... no es porque me haya vuelto á pegar al volver á casa; eso no importa; vengo por las amenazas que le he oído... es preciso que usted se entere esta misma noche.

Contó que Ragú, al saber lo que había sucedido en la calle de Brías, los infames agravios causados al amo, se había ido á la taberna de Caffiaux arrastrando á Bourrón y otros camaradas. Acababa de volver borracho gritando que ya estaba harto de la horchata de la Crécherie, que no estaría un día más en una jaula en que reventaba uno de aburrimiento, en que no se tenía el derecho siquiera de beber un vaso de más. Luego, animándose con palabras soeces, había querido obligarla á hacer inmediatamente el equipaje para irse por la mañana temprano al Abismo que aceptaba á todos los operarios que salían de la Crécherie. Y como ella quisiera esperar, había acabado por pegarla y echarla de casa.

— Lo mío no importa, señor Lucas. Pero usted, ¡Dios mío, es á usted á quien insultan, á quien quieren hacer tanto daño!... Ragú marchará mañana temprano, nada le detendrá, llevará consigo de seguro á Bourrón y otros cinco ó seis compañeros que no me ha nombrado... y yo ¿qué quiere usted que haga? Tendré que

seguirle, y todo esto es para mí una pena tan grande que he tenido necesidad de venir á decirsele en seguida, temiendo no volver á verle. Continuaba él mirándola; nueva ola de amargura llenaba su corazón. ¿Era, pues, el desastre, mayor que el que creía? Los obreros le dejaban, se volvían á su dura y sucia miseria de antaño, con la nostalgia del infierno de que él quería sacarlos con tanto esfuerzo. En cuatro años no había conquistado nada ni de su inteligencia ni de su afecto. Y lo peor era que Josina ya no era feliz, que volvía á presentarsele, como el primer día, ultrajada, herida, arrojada á la calle. Nada se había adelantado, pues; había que volver á empezar; pues Josina ¿no era el pueblo que sufría? No había obedecido á la necesidad de la acción hasta la noche en que la había encontrado tan dolorida, tan abandonada, víctima del trabajo maldito, impuesto como una esclavitud. Era la más humilde, la más baja, casi en el arroyo, y era la más bella, la más amable, la más santa. Mientras la mujer sufría, no estaría salvado el mundo.

—¡Ay, Josina, Josina, lo que yo la compadezco á usted y la pena que me da!—murmuró con voz de infinita ternura, mientras también lloraba vencido por las ajenas lágrimas. Pero al verle llorar así padecía ella mucho más. Llorar él con tanta amargura, con tan grande dolor, él que era su dios, á quien ella adoraba como un poder superior por lo que la había socorrido, por la alegría de que había llenado para siempre su vida. El pensamiento de los ultrajes que acababa de sufrir, de aquel calvario atroz de la calle de Brías, redoblaba su adoración, le acercaba más á él, con el deseo de curar las heridas, de entregarsele por completo, si este don podía darle la paz de un instante. ¿Qué hacer para amenguar su tortura? ¿Cómo borrar el insulto de su rostro y hacerle sentirse respetado, admirado, adorado? Se inclinaba hacia él con las manos abiertas, exaltado el rostro por el amor.

—¡Ay, señor Lucas; la tristeza que siento al verle desgraciado; qué dicha la mía si pudiera suavizar un poco sus tormentos!

Estaban tan cerca que sentían en el rostro el calor de su aliento. La mutua compasión les abrazaba con

el fuego de una ternura, que no sabía lo qué hacer. ¡Cómo padecía ella, cómo padecía él! Y él pensaba sólo en ella y ella pensaba sólo en él, con una lástima inmensa, un inmenso anhelo de caridad y de ventura.

—A mí no hay por qué compadecerme; sólo se trata de usted, Josina, cuyo sufrimiento es un crimen, y á quien yo quiero salvar.

—No, no, señor Lucas, lo mío no importa; es usted quien no debe sufrir, porque es el Dios bondadoso de todos.

Entonces, como iba ella dejándose caer en sus brazos, la estrechó él contra sí en abrazo apasionado. Era la necesidad inevitable, dos llamas que se juntaban para no ser más que un foco único de bondad y de fuerza. Y se cumplió el destino; se entregaron uno á otro con el mismo anhelo de producir la vida y la dicha. Todo les había traído á esto; habían tenido la súbita visión del amor nacido una noche y que había crecido lentamente acumulado en el fondo de su pecho. Y no había allí más que dos seres que se encontraban en el beso tanto tiempo esperado que llegaba á florecer. No había remordimiento posible; se amaban como existían, para estar sanos, para ser fuertes y fecundos.

Luego, en esta alcoba tan tranquila, tan agradable, cuando Lucas, por largo espacio, tuvo á Josina entre sus brazos, sintió que le había llegado un gran auxilio. Sólo el amor traería la armonía de la ciudad. Esta Josina deliciosa que había hecho definitivamente suya era su comunión íntima con el pueblo de los desheredados. La unión estaba sellada; el apóstol, en él, no podía permanecer infecundo, necesitaba una mujer para rescatar la humanidad. ¡Y cómo venía á confortarle la pobre jornalera sucia, maltratada, que había encontrado muerta de hambre, y que era en aquel momento, sobre su pecho, una reina de encanto y voluptuosidad! Había conocido ella la mayor miseria, ella le ayudaría á crear un mundo nuevo de esplendor y de alegría. De ella, sólo de ella necesitaba para cumplir su misión, pues el día en que hubiera salvado á la mujer, el mundo estaría salvado.

Dulcemente, la dijo:

— Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.
Y ella le dió la mano, aquella á que faltaba el dedo índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

— Es muy fea—murmuró ella.
— ¡Fea! ¡Ay! no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada, ella es lo que beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios á la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

— ¡Oh, cuánto me quiere usted, Lucas, y cuánto le quiero!

Tal fué el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los marfillos, el retumbar del acero de la Crécherie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluído, la terrible batalla entre ayer y mañana iba á ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad había venido, y fueren los que fueren los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

III

Y desde entonces este fué el grito de Lucas á cada nuevo desastre que hería á la Crécherie, cuando los hombres se negaban á seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

— ¡Es que no aman! si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa á la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.

Al día siguiente, Lucas procuró retener á Ragú que quería romper el trato y dejar la Crécherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la desertión de los obreros podía arruinar la fábrica. Pero había también algo más profundo: la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar á la miseria negra, nauseabunda, á todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las calles estrechas y pestíferas del Beauclair viejo, las casuchas leprosas á través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala de la casa comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los almacenes cooperativos le disgustaba también, le inspiraba el deseo de gastar su dinero á su antojo en las tiendas de la calle de Brías, á cuyos dueños, él mismo llamaba ladrones, pero con los cuales se daba el gusto de disputar. Cuanto más Lucas insistió haciéndole ver la sin razón de su partida, más se obstinó Ragú, pensando en que si tanto empeño había en retenerle, era porque marchándose causaba daño.

— No, no, señor Lucas, esto no tiene arreglo. Puede que haga yo una barbaridad, aunque no me lo parece... Me ha prometido usted torres y montones; íbamos á hacernos todos millonarios; y la verdad es que no ganamos más que en otra parte, y además aquí hay ciertas molestias, á lo menos para mi gusto.

Era verdad, la distribución de las ganancias, en la Crécherie, no había alcanzado hasta entonces una cifra